

NADAR CONTRA LA CORRIENTE

· R E L E C T U R A S ·

NADAR CONTRA LA CORRIENTE
ESCRITOS SOBRE LITERATURA

HERNANDO TÉLLEZ

Prólogo de Efrén Giraldo

Universidad de los Andes
Panamericana Editorial
Universidad EAFIT
Universidad Nacional de Colombia

Téllez Sierra, Hernando, 1908-1966

Nadar contra la corriente. Escritos sobre literatura / Hernando Téllez; prólogo de Efrén Giraldo.
- Bogotá: Panamericana: Universidad Nacional de Colombia: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes; Medellín: EAFIT, 2016.

424 páginas; 14 x 21 cm.

ISBN 978-958-774-300-5

1. Téllez Sierra, Hernando, 1908-1966 2. Literatura colombiana - Historia y crítica - Siglo XX
I. Giraldo Quintero, Efrén, 1975- II. Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) III. Universidad EAFIT
IV. Universidad de los Andes (Colombia) V. Tít.

CDD 860.9

SBUA

Primera edición: Editorial Ariel, 1995

Esta edición: abril del 2016

© Hernando Téllez Castañeda y Germán Téllez Castañeda

© Efrén Giraldo, del prólogo

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades,
Departamento de Humanidades y Literatura

© Panamericana Editorial Ltda.

Calle 12 n.º 34-20

Bogotá, D. C., Colombia

www.panamericanaeditorial.com

© Universidad EAFIT

Carrera 49 n.º 7 Sur-50

Medellín, Colombia

© Universidad Nacional de Colombia,

Vicerrectoría de Investigación,

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Avenida El Dorado n.º 44A-40

Hemeroteca Nacional Universitaria, primer piso, ala oriental

Bogotá, D. C., Colombia

Ediciones Uniandes

Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 3394949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-300-5

ISBN e-book: 978-958-774-301-2

Corrección: Josefina Marambio

Diagramación interior: Samanda Sabogal

Diseño de cubierta y de páginas interiores: Neftalí Vanegas

Impresión:

Panamericana Formas e Impresos S. A.

Calle 65 n.º 95-28

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 430 21 10

Quien solo actúa como impresor

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de las editoriales.

CONTENIDO

- XI.** HERNANDO TÉLLEZ. LA CRÍTICA Y EL ENSAYO
COMO LITERATURA
Efrén Giraldo
- XXIII.** BIBLIOGRAFÍA
- XXVII.** CRONOLOGÍA
 - 1.** NADAR CONTRA LA CORRIENTE
 - 3.** Prólogo. La vocación literaria
 - 11.** CULTURA Y SOCIEDAD
 - 13.** Nadar contra la corriente
 - 18.** Nota sobre la conciencia burguesa
 - 26.** Literatura y sociedad
 - 31.** Grandeza y servicio de la literatura
 - 46.** Situación y destino del literato
 - 54.** Vanidades
 - 58.** Pamplinas
 - 64.** Literatura y testimonio
 - 71.** Nacionalismo literario

- [VIII]
- 75. Patriotismo y literatura
 - 79. La exageración nacional
 - 83. El reino de la exageración
 - 88. La guerra y la cultura
 - 93. Relaciones de la vida y el lenguaje
 - 98. El idioma y el pueblo
 - 103. Vulgaridad y cultura
 - 108. La antigua herejía
 - 113. DE LA CRÍTICA Y LA CREACIÓN
 - 115. Azares y perplejidades de la crítica
 - 120. El compromiso de la crítica
 - 128. Complicidades de la crítica
 - 133. Para un aprendiz de crítico
 - 141. El crítico y los demás
 - 147. Falsa literatura
 - 152. Confusión de poderes
 - 156. Los últimos 40 años
 - 161. Anotaciones sobre la literatura colombiana
 - 170. El costumbrismo
 - 175. Respuesta a una dama que se cree cursi
 - 178. Consideraciones sobre lo cursi
 - 184. Honras fúnebres
 - 188. Adjetivos y sustantivos
 - 193. Estilo

197.	La creación artística	[IX]
202.	La originalidad literaria	
208.	Citas	
211.	Traducción	
214.	Premios	
216.	Concursos	
219.	Fallos literarios	
222.	Menosprecio de la cultura	
226.	Alegato contra los libros	
230.	La odisea de publicar un libro	
235.	NARRATIVA Y NARRADORES	
237.	La novela en Latinoamérica	
245.	A propósito de <i>Los elegidos</i>	
252.	Límites de la novela	
265.	<i>El día del odio</i>	
273.	<i>Siervo sin tierra</i>	
277.	<i>La mala hora</i>	
280.	<i>La hojarasca</i>	
284.	El <i>Coronel</i> de García Márquez	
288.	Los cuentos de Álvaro Cepeda	
292.	Agenda borgesiana	
296.	Rudyard Kipling	
299.	Las cartas de Proust	
302.	Cien años de amor y tres corazones femeninos	
310.	Presentación del amor	

[X]

- 317.** POESÍA Y POETAS
- 319.** Alegato sobre la poesía
- 325.** Problemas de la nueva poesía
- 332.** Litigio de la poesía
- 337.** Más sobre la poesía
- 343.** El poeta y el sistema
- 347.** Poesía S. A.
- 350.** La poesía de Mutis
- 354.** Los trabajos perdidos de Álvaro Mutis
- 360.** Valencia
- 363.** Luis C. López
- 368.** ¿Qué hacemos con Silva?
- 371.** La querella de Crespo y Apolo
- 375.** León de Greiff
- 380.** La poesía de Aurelio Arturo
- 383.** Alfonso Reyes
- 386.** Sobre una antología

Hernando Téllez. La crítica y el ensayo como literatura¹

Efrén Giraldo
Universidad EAFIT

La obra de Hernando Téllez (1908-1966) es un legado que aún espera el descubrimiento de nuevas generaciones de lectores. Si bien el autor bogotano ha sido valorado en su faceta como cuentista, es tal vez su inclinación por el diario y el ensayo la que más lo distingue en la literatura colombiana. Su libro de cuentos *Cenizas para el viento y otras historias* (1950) es uno de los más representativos de la conocida como «literatura de la violencia» y lo hermana con toda una generación de autores para quienes los asuntos de la realidad se volvieron el principal motivo de la escritura. Pero acaso el prestigio de ese libro, fundamental en el canon de la literatura colombiana, ha evitado que se conceda al resto de su producción la atención que merece. La reedición de *Nadar contra la corriente*, una de sus más representativas colecciones de textos ensayísticos, tiene este propósito.

Y es que, más allá de su incursión en el cuento, Téllez mantuvo un interés profundo en dos formas del ensayo a lo largo de su

1. El autor agradece a María Camila Cardona, estudiante de pregrado en Comunicación Social de la Universidad EAFIT, quien, en calidad de asistente de investigación, apoyó la confección de la bibliografía y la cronología de Hernando Téllez.

[XII] actividad como escritor: la crítica y la confesional. Una de ellas, preocupada por el comentario de textos literarios y cuestiones sociales; y la otra, dedicada a la meditación suscitada por las cosas de todos los días. Este es el Hernando Téllez más representativo, el que eligió el ensayo como género predilecto para comunicar sus principales intereses vitales y estéticos. Sin duda, el suyo es uno de los mejores aportes al género entre los escritores colombianos. Como recuerda Óscar Torres Duque en su antología del ensayo colombiano, Téllez es uno de los pocos escritores a quien podría otorgársele el calificativo de «ensayista de tiempo completo» (211).

Conviene recordar en este punto que, desde su invención en tiempos de Michel de Montaigne (1533-1592) y Francis Bacon (1561-1626), el ensayo ha tenido dos manifestaciones principales: con el francés tenemos el ensayo meditativo, atento a los avatares de la conciencia (y la inconciencia); y, con el inglés, el ensayo que se muestra alerta a los rigores del juicio y el análisis. Mientras el primero conduce a una inquietud sobre todo moral, el segundo nos lleva al rigor de la ciencia. Tales modos del ensayo son los que Claire de Obaldía define como «espíritu» o impulso y como «género» o forma (36-37). Y a ellos dos podríamos sumar el ensayo como polémica y cuestionamiento, heredado de la Ilustración, y más específicamente de Voltaire (1694-1778).

Sin duda, los ensayos de Hernando Téllez responden más a las dos primeras categorías, sin que podamos decir que la tercera le hubiera sido del todo indiferente. Lo cierto es que el autor fue, ante todo, un escritor de prosa expositiva y argumentativa al que le interesaron dos asuntos principales: los meandros de la sensibilidad y los avatares del mundo literario. Un grupo de textos ofrece sobre todo un autorretrato, la exploración en los estratos del pasado y el recuerdo, mientras que el otro da una visión de la creación escrita y el campo literario colombiano. El primero esboza una de las más sofisticadas teorías sobre la sensibilidad

y las emociones, entre las que ha dado la literatura colombiana, [XIII]
mientras que el segundo ofrece algunas de las más acabadas ideas sobre el arte, la literatura y la sociedad que produjeron los intelectuales colombianos de mediados de siglo.

La primera faceta encuentra su expresión en libros como *Bagatelas* (1944), *Diario* (1946) y *Luces en el bosque* (1946). Allí, las influencias de Montaigne, Amiel y Proust son las más importantes. Se nos revela un escritor reposado y nostálgico, interesado en la memoria, el tiempo, los juguetes, los libros infantiles, los parques, la conversación. El ensayista, al esbozar su autorretrato, nos convoca a un diálogo íntimo en el que surgen referencias que conciernen a la sensibilidad de todos. Como recuerda Torres Duque, «sus visiones de lo concreto [...] son tan sutiles [...] que en sus textos la descripción de la anécdota es todo un pensamiento intuitivo, un pensamiento estético» (211).

La segunda faceta nos pone frente a las grandes preocupaciones estéticas de Téllez: el provenir de la lectura, los libros, la tradición literaria, la escritura personal, la relación entre literatura y sociedad, la existencia de una profesión literaria. Es un Téllez influido por la tradición de grandes críticos ingleses, de Samuel Johnson a Óscar Wilde y de G. K. Chesterton a Cyril Connolly. El ensayista va dialogando con el lector, mientras expone con calma sus ideas, en un lenguaje sencillo y elegante. Esto es lo que vemos en obras como *Inquietud del mundo* (1943), *Literatura* (1951) y *Literatura y sociedad: glosas precedidas de notas sobre la conciencia burguesa* (1957). Se trata de libros que, a pesar de recoger textos cortos, desarrollan algún argumento unitario. Estamos ante un ensayista que va presentando de manera metódica sus convicciones como lector y atento observador de la cultura. No hace una exposición sistemática, aunque explora los problemas desde todas las caras posibles. Así ocurre, por ejemplo, cuando se pregunta por el campo literario y considera, no sólo a los escritores, sino también a los que editan, a los que leen, al Estado.

[XIV] Ahora bien, esta preocupación por la literatura se expresó, aun con mayor fuerza e inmediatez, en los textos que Téllez daba a la prensa con regularidad y que se recogieron después en ediciones compilatorias como *Confesión de parte: literarias, sociales, notas* (1966), *Textos no recogidos en libro* (1979) y *Nadar contra la corriente* (1995), esta última es quizás la más representativa que se ha hecho hasta el momento. Se trata de escritos que, aunque conservan la misma medida y orden de los trabajos largos, responden de manera más directa a problemas acuciantes. Esta es la faceta del crítico que va respondiendo a las demandas del momento, más allá de que en Téllez esta exigencia nunca hubiera sido respondida con precipitación.

Como recuerda David Jiménez Panesso, los grandes temas del Hernando Téllez crítico encuentran expresión en esos textos breves y eficaces, que presentaban a un amplio público lector los problemas y valores literarios del presente y del pasado. Dice Jiménez: «Crítica de circunstancia podría llamarse. Pero leída hoy, en conjunto, se encuentra su unidad de propósito y se vislumbran los motivos centrales, las recurrencias temáticas y las convicciones profundas de donde surgía la amplia variedad de los juicios» (289). Son el testimonio, por un lado, de una mente atenta y aguda, pero también de una época que encontraba en las páginas culturales comentarios y apreciaciones de lectores entendidos, profesionales del gusto si se quiere, que dirigían la recepción pública. Téllez pertenece a la generación de ensayistas que encontraban su mejor tribuna en las páginas que los suplementos dedicaban a la crítica literaria, lo que les permitía combinar sus actividades profesionales con una escritura remunerada.

Tareas como esta, fundamentales para entender el papel de los intelectuales, se deben en Colombia a autores cruciales para nuestro pensamiento crítico, como Jorge Zalamea, Ernesto Volkening, Germán Arciniegas, Hernando Valencia Goelkel y, un poco después, Rafael Humberto Moreno-Durán o Juan Gustavo Cobo

Borda. En cierta medida, y a pesar de que el mismo Téllez se lamentara de la carencia de un público lector, esta posibilidad de dedicarse a la crítica habla del aumento de la población alfabetizada en Colombia y, por tanto, de un grupo social cada vez más atento a las producciones de la cultura letrada. En esta cultura, la crítica es prueba de profesionalización y autonomía de la escritura. [XV]

Nadar contra la corriente recoge, en cuatro grandes grupos temáticos, las inclinaciones representativas del trabajo de Téllez como crítico. En el prólogo «La vocación literaria», luego de narrar con su estilo característico los inicios de su actividad como lector y escritor, nos da algunas claves para entender su propio trabajo y el de todos los que se ocupan de la escritura. Allí, por ejemplo, sostiene que «el propósito del escritor jamás se cumple satisfactoriamente para él, no importa que la opinión ajena lo declare perfecto. Hay un implacable déficit en la creación estética, que sólo el creador de ella misma percibe con exactitud. La armonía de las formas es apenas un circunstancial armisticio entre el arte y la vida, cuya querella no cesa» (9). Tales palabras pueden aplicarse, tanto a la manera en que Téllez comprendía su propia escritura, como al modo en que emprendía la discusión de la literatura. Un examen riguroso y sensible en el que lo que había por juzgar era el resultado parcial de una lucha con las palabras. Como en Wilde, el rigor en el pensamiento y la cuidadosa elección de las palabras reúnen al crítico y al escritor de novelas, cuentos y poemas en una misma aspiración.

En «Cultura y sociedad», la primera sección del libro, hay un ensayo que hace algo parecido al prólogo, pues nos ofrece de buena manera una especie de teoría personal del arte, en la que el esfuerzo, no siempre reconocido por las mayorías, define el quehacer estético. En «Nadar contra la corriente», texto que da título a la compilación, Téllez ofrece su visión de la relación del artista con la sociedad y sus esquemas. Muy diferente, por ejemplo,

[XVI] del mundo político, donde ir en contra de las convenciones es prácticamente un suicidio. Este texto, al que podríamos entender en clave sociológica, nos muestra el desdén de una importante generación de artistas y críticos por la masificación de los valores estéticos y el entusiasmo paralelo por una distinción y un ideal de autonomía. Digámoslo más sencillamente, lo que distingue al artista y al escritor es la búsqueda de lo singular, que no todos pueden comprender. Por ello, nadar contra corriente, «echarse aguas arriba», es más que una metáfora. Se trata del estilo de vida connatural al creador.

En esta sección, también se pueden encontrar los textos que Téllez dedicó a la relación de la literatura con su momento histórico, al cual él mismo signa bajo la expresión «conciencia burguesa». En estos escritos del autor bogotano encontramos lo más parecido a una especie de teoría literaria, pues su interés es, sobre todo, la reflexión general sobre la condición, funciones y destino de la producción letrada en el siglo xx. Incluso podríamos ir más allá y señalar que, en varios de estos textos, sobre todo en «Notas sobre la conciencia burguesa», aparece un Hernando Téllez interesado en cuestiones generales de la sociedad y la cultura. En esto se ve la influencia de todo el pensamiento refractario a la cultura de masas de José Ortega y Gasset a Theodor Adorno, una línea de análisis a la que el semiólogo italiano Umberto Eco caracterizó alguna vez como «apocalíptica» (1969).

Para pensadores de lo literario como Téllez, «la literatura agota sus valores dentro de sí misma» (26) y no conviene esperar que la sociedad, el Estado o el mercado dicten sus desarrollos. Aquí la palabra clave es «autonomía», que aparece en repetidas ocasiones en los textos de esta sección. Tal afirmación de independencia en los valores estéticos respecto de los valores económicos, políticos y sociales tiene dos caras. En primer término, la del orgullo, esa que saca al artista del hecho de estar creando algo irreductible, pese a la incomprensión, la soledad y la pobreza. Y, en segundo

lugar, la de la melancolía y la derrota, pues por esa misma distancia que da la autonomía el escritor tiene, económica y socialmente hablando, un lugar secundario. «Con su mensaje de signos verbales, el literato hace ahora un melancólico papel junto al técnico, al especialista, al empresario, al político, al dictador» (29). [XVII]

«De la crítica y la creación», la segunda parte del libro, es una de las secciones más interesantes de toda la producción ensayística de Téllez, pues es quizás donde más claramente se ven las ideas que el propio autor tenía sobre la tarea de comentaristas y analistas de los problemas literarios. De cierto modo, en ensayos como «Azares y perplejidades de la crítica», «El compromiso de la crítica», «Complicidades de la crítica», «Para un aprendiz de crítico», «La odisea de publicar un libro» o «El crítico y los demás», captamos la manera en que se veía la tarea de mediación y participación en la esfera pública de la época, en la que, como ya veíamos, uno de los grandes problemas denunciados por Téllez es la falta de profesionalización. Una ausencia que, para él, se expresaba, tanto en la calidad de la producción como en la falta de soporte a los procesos de la industria del libro. Este es un Téllez que se muestra perspicaz y avanzado, porque no entiende ya el problema de la creación literaria como un asunto idealista, ultraterreno, sino como el resultado de ciertos procesos sociales y culturales.

El tono de estos textos es quizás una excepción en sus escritos ensayísticos, pues es uno de los pocos casos en que Téllez se atreve a fustigar con firmeza la palidez de una práctica, la de la crítica. Si bien el abordaje es sereno, no calla frente a los males endémicos del campo literario en Colombia. Reconoce la deficiencia de la crítica y nota que ella no está en condiciones de orientar el criterio público. Pero retira la responsabilidad de los hombros de los críticos e identifica más bien la falta de tradición literaria que la respalde como la causa de tal carencia. Esto porque, de alguna manera, Téllez entiende a la literatura y a la crítica literaria como

[XVIII] fenómenos correlativos y concibe la madurez estética y literaria de una nación cuando todas sus instancias logran un grado de exigencia y profesionalismo. Al hablar específicamente del medio colombiano, al que van dirigidas sus reflexiones, cuestiona el amiguismo y el compadrazgo, se lamenta de la estrechez del medio y denuncia la falta de condiciones para un ejercicio de esta naturaleza. Que la crítica ejercida con juicio y franqueza no suponga para quien la escribe el desprecio y el ostracismo es una de las principales tareas por hacer. Aquí, Téllez está no sólo reflexionando sobre el lugar de la crítica, sino también justificando su lugar como escritor y participante del debate público.

Con estos escritos, Téllez también mostró, por primera vez en Colombia, que la dedicación a la literatura no era un asunto de entretenimiento y que escribir no era un mero adorno, y, más aún, que en todo ello al crítico correspondía un papel de responsabilidad social. Entendió que los valores estéticos se crean por el diálogo y la oposición crítica y no por la complacencia o la benevolencia exigida por el Estado o las masas. Asumió que, pese a la dimensión espiritual del hecho literario, una sociedad no podía construir una tradición escrita sin condiciones materiales y económicas, apenas sostenida por un idealismo romántico.

Algunos de los escritos de esta sección tienen todavía vigencia y parecen susceptibles de aplicación a las condiciones actuales, cuando aún el campo literario carece de una estructuración clara en Colombia. Los pronunciamientos de Téllez sobre el sistema literario, que tocan a escritores y a críticos, pero también a editores, académicos y lectores comunes, merecerían considerarse de nuevo. Como ejemplo, se puede leer una de las piezas más cáusticas de Téllez, «Para un aprendiz de crítico», donde aconseja, en tono sardónico, cómo ser un crítico manteniendo el *statu quo*, administrando la medianía y aportando a la elevación de mediocridades nacionales al Olimpo. Es un escrito que funciona como una fuerte advertencia para quienes desean emprender esa actividad con un mero propósito arribista.

En «Narrativa y narradores» y «Poesía y poetas», las otras [XIX] dos secciones de *Nadar contra la corriente*, encontramos los ejercicios de crítica literaria más específicos de Téllez, aquellos que demuestran que, ante las insuficiencias del medio y ante la precariedad de la tradición de análisis literario, un ensayista y crítico tiene algo que decir en la prensa. En la primera de estas dos partes, Téllez se ocupa tanto de problemas generales de la novela en Colombia y América Latina, como de casos específicos. Allí tienen un interés muy especial los textos que dedicó a un joven y prometedor Gabriel García Márquez, a quien Téllez alcanza a ver en toda su potencia entre los escritores colombianos de la nueva generación. *La mala hora*, *La hojarasca* y *El coronel no tiene quien le escriba* reciben del ensayista bogotano, quizás, las primeras palabras entusiastas de la crítica en Colombia. Reconoce sus méritos, pero también advierte sobre limitaciones e insuficiencias, algo que plantea para estimular al autor. También alcanza a ver con interés la renovación que suponían las obras de José Antonio Osorio Lizarazo y Álvaro Cepeda Samudio. Mientras que autores como Proust, Kipling y Borges aparecen también referidos en esta parte del libro de Téllez, con lo que revela que su interés no era sólo regional.

En la otra sección ocurre algo parecido, pues encontramos textos generales sobre la poesía y los poetas, así como trabajos sobre autores reconocidos como Guillermo Valencia, Silva o León de Greiff, pero también sobre jóvenes promesas de la poesía colombiana, a quienes Téllez supo ver como potenciales integrantes del canon poético colombiano, de manera parecida a como lo hizo con García Márquez: Aurelio Arturo, Jorge Gaitán Durán y Álvaro Mutis son, en los tiempos en que Téllez escribe, promesas que luego llegarían a hacerse realidad. Esto muestra al crítico en uno de sus principales roles: el de la apuesta por los valores que, según su criterio, tienen un futuro.

Esta diversidad de temas reflejada en las cuatro partes del libro da cuenta, por un lado, de la versatilidad de Téllez a la hora de

[XX] abordar problemas literarios de las más diferentes especies. De la pregunta general por el arte y sus valores en la época de la industria cultural va sin problemas a la novela, a la poesía y a la crítica. Se pregunta por los valores de las obras en sí, pero también interroga las tradiciones y los sistemas que les permiten tener un lugar y una recepción. Por otro lado, tantos intereses (los clásicos, la literatura contemporánea, el porvenir del libro) marcan esa vocación de lector omnímodo que tanto lo distinguió y que es, quizás, el rasgo de la mejor crítica literaria hecha en Colombia desde Baldomero Sanín Cano. La aventura del Hernando Téllez crítico es, de esta manera, no la del académico que nos habla desde una tribuna de autoridad profesoral, sino la de un lector sensible y exigente, que piensa profundamente la literatura y guía a aquellos para quienes escribe en su aventura personal con los libros. De esta manera, consigue la que es, quizás, la mayor aspiración del ensayo: se trata de una conversación a la que, como lectores, acabamos por ser convidados.

REFERENCIAS

DE OBALDIA, Claire. *The Essayistic Spirit: Literature, Modern Criticism, and the Essay*. Oxford: Clarendon Press, 1995.

JIMÉNEZ PANESSO, David. *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

TÉLLEZ, Hernando. *Inquietud del mundo*. Bogotá: Ediciones Librería Siglo xx, 1943.

—. *Bagatelas*. Bogotá: Litografía Colombia, 1944.

—. *Luces en el bosque*. Bogotá: Librería Siglo xx, 1946.

—. *Diario*. Bogotá: Suramérica, 1946.

- . *Cenizas para el viento y otras historias*. Bogotá: Litografía Colombiana, 1950. [XXI]
- . *Literatura*. Bogotá: Argra, 1951.
- . *Literatura y sociedad: glosas precedidas de notas sobre la conciencia burguesa*. Bogotá: Ediciones Mito, 1957.
- . *Confesión de parte: literarias, sociales, notas*. Bogotá: Banco de la República, 1966.
- . *Textos no recogidos en libro*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. 2v.
- . *Nadar contra la corriente*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2016.
- TORRES DUQUE, Óscar**, comp. *El mausoleo iluminado. Antología del ensayo en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997.

Bibliografía

GALEANO SÁNCHEZ, Juan Camilo. «El género ensayístico: autofiguración y autorrepresentación de la niñez en *Diario* de Hernando Téllez». *Revista Estudios de Literatura Colombiana* 29 (julio-diciembre de 2011): 99-122.

RESTREPO DAVID, Felipe. «Hojas que caen. Hernando Téllez». *Conversaciones desde el escritorio. Siete ensayistas colombianos del siglo xx*. Medellín: Universidad EAFIT, 2008.

REFERENCIAS SOBRE HERNANDO TÉLLEZ

CADAVID, Jorge H. «Hernando Téllez: un consumado estratega». *Boletín Cultural y Bibliográfico* 32. 40 (1995), 75-96. Web. 19 de agosto de 2015. <http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1860/1914>.

En este texto, Jorge Cadavid emprende la revisión de uno de los aspectos menos discutidos sobre la obra de Hernando Téllez: sus calidades como prosista y escritor fundamentalmente cerebral. Es un texto que explora la obra de Téllez como un todo y que lo muestra como uno de los primeros escritores profesionales de Colombia. Este trabajo es una de las fuentes introductorias imprescindibles para quien desee adentrarse en la obra del escritor.

- [XXIV] **GIRALDO**, Efrén. «Hernando Téllez. Estética y autofiguración». *La poética del esbozo*. Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila. Bogotá: Universidad de los Andes, 2014.

Este trabajo es uno de los pocos esfuerzos por valorar desde el punto de vista estrictamente literario la escritura ensayística de Hernando Téllez. Se privilegia allí el análisis del Téllez autor de diarios y meditaciones, aunque también se dan pistas sobre su lugar en la historia de la literatura colombiana y se explora su faceta como crítico y esteta, que tuvo una gran influencia en la aceptación del ensayo como género literario en Colombia.

- JIMÉNEZ PANESSO**, David. «Hernando Téllez (1908-1966)». *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

Este libro es uno de los trabajos más importantes sobre crítica literaria que se han escrito en Colombia. Allí, Téllez es analizado sobre todo en su faceta de comentarista literario. A través de la revisión de la actividad de Téllez como reseñista de libros y autores en la prensa bogotana de la época, Jiménez Panesso va mostrando las ideas estéticas del autor y también la presencia que tuvo en las discusiones del momento. Si alguna dimensión de su obra permite identificar a Téllez como un intelectual influyente, es esta labor que sostuvo en diferentes periódicos y revistas durante más de cuarenta años.

- SALAZAR MARTÍNEZ**, Carlos Andrés. «El olvido en Hernando Téllez: una mirada desde la autofiguración». *Revista Escritos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana* 20.44 (enero-junio de 2012): 139-153.

La hermenéutica literaria es un campo de trabajo que resulta ideal para abordar a autores como Hernando Téllez. En este artículo, Salazar Martínez explora la dimensión que cobra el olvido en la obra de un autor para quien, en la estela de Proust, el recuerdo es uno de sus principales temas. [XXV]

Cronología

AÑO	HERNANDO TÉLLEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1908	Nace en Bogotá el 22 de marzo. Sobre su primer contacto con la literatura dice alguna vez: «El más lejano recuerdo que tengo de una experiencia intelectual más o menos concreta y de la indefinida emoción que me producía, al renovarse, es el de la lectura hecha por mi madre y por una amiga de mi madre, de una novela publicada por entregas periódicas en una revista francesa de modas editada en español».	En Colombia el presidente Rafael Reyes crea 34 nuevos departamentos. En Venezuela se instaura la dictadura de Juan Vicente Gómez. El 8 de marzo, 129 obreras mueren incineradas en la fábrica Cotton de Nueva York, luego de iniciar una protesta en pro de una jornada laboral diaria de 10 horas e igualdad de salarios con los hombres.
1925	Con apenas 17 años realiza pequeños trabajos para el semanario <i>Mundo al día</i> , dirigido por Arturo Manrique.	Año de la expansión de la radio. Pacto de Locarno entre Alemania y los Aliados. Ruptura de las relaciones entre Ecuador y Perú.

[XXVIII]

Colabora en la revista *Universidad*, estimulado por Germán Arciniegas. Allí trabaja junto a

1927 Eduardo Zalamea, Jorge Zalamea, Rafael Maya y Eduardo Caballero Calderón.

Llega a *El Tiempo*, bajo la dirección de Alberto Lleras Camargo, quien era jefe de redacción. Su labor

1929 periodística consiste en la composición de la crónica policíaca y de una página infantil.

Ingresa al Concejo de Bogotá cumpliendo la función de secretario. En

1934 su paso por este, funda una de las bibliotecas del Concejo.

Gobierno colombiano reglamenta la administración de los trabajos de la vía nacional del Meta. También en Colombia, se da la huelga petrolera.

El gobierno peruano prohíbe la actividad sindical a raíz del llamado «complot comunista».

Con un descenso de dos millones de dólares en el precio de las acciones, la bolsa de Nueva York registra la caída más fuerte de su historia, acontecimiento que da inicio a la denominada Gran Depresión. Estados Unidos establece la doctrina Monroe, política de intervención en América Latina.

En Colombia, Alfonso López Pumarejo llega a la presidencia.

Finaliza la guerra entre Colombia y Perú con la firma del protocolo de Río de Janeiro.

En Alemania, Hitler llega al poder. Asesinan a Sandino en Nicaragua. Batista se adueña del poder en Cuba.

- 1937 Es designado cónsul de Colombia en Marsella, Francia. Allí se entusiasma con Flaubert, Stendhal, Gide, Mauriac, Claudel y sobre todo Marcel Proust, su más fuerte influencia literaria.
- 1939 Regresa a Bogotá y es nombrado subdirector del periódico *El Liberal* por su amigo Alberto Lleras Camargo. Con su columna «Hoy», alcanza reconocimiento en todo el país.
- 1942 Es nombrado jefe de propaganda de la empresa Bavaria. Nombra como colaboradores al poeta Álvaro Mutis, Fernando López Michelsen y al hijo del músico Emilio Murillo, Leopoldo.
- 1943 Publica el libro *Inquietud del mundo*.
- Continúa la guerra civil española iniciada en 1936. Bombardeos aéreos alemanes a ciudades españolas. Franco es declarado caudillo. Hitler recibe la visita de Mussolini, se confirma el eje entre Alemania e Italia.
- Estalla la Segunda Guerra Mundial; Polonia es invadida por Alemania; Inglaterra y Francia le declaran la guerra, mientras Estados Unidos se mantiene neutral.
- Submarinos alemanes hunden la goleta colombiana *Resolute*. Colombia declara la guerra al Eje.
- Finaliza la batalla de Stalingrado. Alemania, a raíz de la derrota en Stalingrado, declara la guerra total a sus enemigos. La aviación británica bombardea Berlín. Los Aliados avanzan en Italia, en los Balcanes y en el Pacífico. Victoria de los Aliados en Túnez y Sicilia. Argentina mantiene relaciones con Alemania.

[XXX]

- | | | |
|------|--|---|
| 1944 | <p>En marzo publica <i>Bagatelas</i>. Ingresa al Senado de la República, allí permanece un semestre y regresa a Bavaria.</p> | <p>En el Caribe, Estados Unidos lucha por no perder el Canal de Panamá a manos de los nazis. Los Aliados desembarcan en Normandía y liberan Francia y Bélgica; se organiza el gobierno provisional de Francia tras la liberación de París. Inicia la gran ofensiva soviética. En Colombia fracasa el golpe de estado contra el presidente Alfonso López Pumarejo.</p> |
| 1946 | <p>En febrero publica <i>Luces en el bosque</i>, y, en octubre, <i>Diario</i>. En el prólogo de este último dice: «Quise someterme a la disciplina intelectual de hacer un diario íntimo para verter en él la corriente de las impresiones, los sentimientos, los estímulos confusos, las ideas vagas, las fórmulas del pensamiento, y libertar de esta manera el universo caótico que lleva todo hombre».</p> | <p>En Colombia, finaliza la hegemonía liberal. Después de 16 años en el poder, ganó las elecciones presidenciales el candidato conservador Mariano Ospina Pérez. Se intensifica el conflicto entre liberales y conservadores. Procesos por crímenes de guerra contra 24 dirigentes nazis ante un tribunal en Núremberg. Se crea la ONU tras la desintegración de la Sociedad de las Naciones. En Argentina llega al poder Juan Domingo Perón.</p> |
| 1947 | <p>Se retira de Bavaria para asumir la dirección de la revista <i>Semana</i>. Allí tiene como colaboradores a Belisario Betancur, Eddy</p> | <p>En Colombia, Jorge Eliecer Gaitán se consolida como jefe único del liberalismo. La India conquista su independencia después de</p> |

Torres y Pablo Balcázar, representantes de las tres tendencias políticas del momento. Con su columna «Márgenes» aquilata aún más su estilo periodístico y da a conocer su técnica especial para la crónica y el ensayo.

tres siglos y medio de dominación británica. Los ministros de relaciones exteriores de las cuatro potencias que triunfaron en la Segunda Guerra Mundial (Inglaterra, Francia, URSS y Estados Unidos), se reúnen en Moscú. No logran ponerse de acuerdo sobre el futuro de la Alemania derrotada.

1948 Época floreciente en la que escribe para la revista *Mito* de Bogotá, el periódico *El Nacional* de Caracas y la revista *Cuadernos de París*. Escribe una de las más famosas crónicas sobre los hechos del 9 de abril de 1948.

En Colombia es asesinado el candidato a la presidencia Jorge Eliecer Gaitán, máximo dirigente del partido liberal. Este acontecimiento, conocido como «el Bogotazo», origina una serie de acontecimientos violentos en todo el país y se convierte en un hito de la historia colombiana del siglo xx.

1950 En octubre publica *Cenizas para el viento*.

Laureano Gómez llega a la presidencia de Colombia. Tras tomar el poder anuncia que su gobierno será pronorteamericano y anticomunista. Inicia la Guerra de Corea. Estados Unidos declara la emergencia nacional ante el conflicto de Corea.

[XXXII]

- | | | |
|------|---|---|
| 1951 | Publica <i>Literatura</i> . | En Colombia, Laureano Gómez se retira de la presidencia; lo sucede Roberto Urdaneta. Golpe de Estado en Cuba. En Argentina, Perón asume el control total de las fuerzas armadas y declara al país en estado de guerra interna. |
| 1956 | En los cuadernos de <i>Mito</i> , aparece publicado el libro <i>Literatura y sociedad</i> . | Fidel Castro desembarca en Cuba. Marruecos declara su independencia. |
| 1959 | El presidente Alberto Lleras Camargo lo nombra embajador de Colombia ante la Unesco en París. | En Cuba, el ejército revolucionario llega a La Habana y se conforma un gobierno provisional, con Manuel Urrutia como presidente y Miró Cardona como primer ministro. |
| 1960 | Regresa a Colombia a continuar en su cargo de secretario general de Bavaria. | Aparecen 17 nuevos estados en el mapa de África tras varias luchas independentistas. Estados Unidos autoriza la comercialización de la primera píldora anticonceptiva.

Cuba es embargada por el gobierno norteamericano. |
| 1966 | Muere en Bogotá. Su amigo Alberto Lleras Camargo lamentará su partida diciendo: «Ya no podré acomodarme a la idea de que Hernando | En Colombia llega a la presidencia Carlos Lleras Restrepo.

Colombia, Bolivia, Ecuador, Chile y Perú suscriben el Pacto Andino. URSS lanza |

- Téllez no viva más. El persistente afán con el que he ido echando cenizas —no ciertamente prematuras— sobre mi propia vida, se origina en el mismo momento en que se produjo el corte abrupto de nuestra comunicación».
- 1967 El Banco de la República publica una edición póstuma del libro *Confesión de parte*.
- 1979 Con edición de Juan Gustavo Cobo Borda, Colcultura publica *Textos no recogidos en libro* en dos tomos.
- 1995 Se publica *Nadar contra la corriente. Escritos sobre literatura*.
- 2014 La editorial de la Universidad de los Andes publica *Bagatelas y Literatura y sociedad*.
- su primera sonda espacial a la Luna y envía una cápsula espacial a Venus.
- Es destruida la población de Ben Suc en Vietnam. Estados Unidos es considerado culpable de crímenes de guerra en Vietnam.
- Triunfa la revolución sandinista en Nicaragua. Revolución islámica en Irán. Se firma el Tratado Uribe Vargas-Ozores Typaldos confirmando los derechos de Colombia en el Canal de Panamá.
- Los gobiernos de Ecuador y Perú inician la guerra del Cenapa. El presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, inaugura los actos conmemorativos del cincuentenario de la ONU con la condena a Irán, Irak, Libia y Sudán por apoyar al terrorismo.

NADAR CONTRA LA CORRIENTE

Prólogo

La vocación literaria

No sé cuándo se precisó en mí la vocación literaria. El más lejano recuerdo que tengo de una experiencia intelectual más o menos concreta y de la indefinida emoción que me producía, al renovarse, es el de la lectura hecha por mi madre y por una amiga de mi madre, de una novela publicada por entregas periódicas en una revista francesa de modas editada en español. Yo no sabía leer aún. Mi hermana mayor, quien estuvo hasta su muerte poseída de un tenaz amor a los libros, era también una lectora incansable y por entonces me enseñaba las primeras letras. Con alegre paciencia iba juntando las piedrecillas del idioma para que yo jugara con ellas y construyera diminutas fábricas de palabras. La veo inclinada sobre mí en el patio de la vieja casa con las dos largas trenzas oscuras golpeándole los hombros. Tenía el rostro redondo y la expresión alegre. Repetía, para mí, innumerables veces, la misma combinación de letras y de sílabas, buscando grabar en mi mente el signo gráfico, el sonido de la significación de cada una. Le interesaba, como un verdadero deleite, esa sorda tarea de la didáctica y del amor fraternal. Después me he dado cuenta de que buscaba, ante todo, un compañero de satisfacciones intelectuales, un camarada de lecturas, un socio menor y dócil con quien pudiera compartir el goce de la poesía. Salió triunfante de su empeño. A su bella y fiel tenacidad le debo el saber leer. Cuando unos años más tarde, hecha mujer, su muerte interrumpió ese tácito

[4] compromiso de lecturas comunes, de aprendizaje de los versos románticos, de laboriosa confección de grandes cuadernos para guardar, en recortes de diarios y revistas, los que juzgamos eran tesoros de la poesía romántica, nadie se dio cuenta en mi hogar de la pérdida personal que para mí representaba esta ausencia. Era el verdadero comienzo de la soledad intelectual, pues los otros dos grandes lectores que había en mi casa, mi madre y mi hermano mayor, no se hallaban, como la hermana desaparecida, en una comunicación tan directa con mi espíritu, y mi imaginación. Empecé entonces a leer para mí, a leer en silencio, a soñar por mi propia cuenta.

En rigor, no podría decir cuándo comencé a escribir «literariamente». No se podría señalar con exactitud el nacimiento de las vocaciones. Están implícitas en el carácter, el temperamento, la índole de la persona. A mí se me destinaba para otras faenas, enteramente contrarias a la faena literaria. Una cierta habilidad manual hizo creer que yo pudiera ser, una vez concluido o cuando menos bien avanzado el periodo de las disciplinas secundarias, un excelente mecánico, una hábil tornero, un electricista con clientela. Pero mi madre hablaba siempre de novelas famosas, conservaba cuidadosamente guardado el álbum de papel inglés donde copiaba versos, nos refería el argumento de *Hamlet* y decía ciertos pasajes líricos de Pombo. Viejas y ya un poco amarillentas colecciones de periódicos literarios, usadas y repasadas colecciones de cuadernos de la «Biblioteca Popular» de Roa, una serie ilustrada de los libros de Julio Verne, una desportillada edición del *Quijote*, los versos de Núñez de Arce y Campoamor, la *Graciela* de Lamartine, un *Figaro* que todavía se halla en mi poder, y Dumas y Maupassant, fueron, con otros libros, entre los cuales recuerdo los folletines policíacos de Conan Doyle, mis primeros amigos en el viaje intelectual de la vida. A algunos de ellos los he olvidado, no he vuelto a ellos jamás por el temor de destruir con el impacto de la vanidosa razón, la sutil esencia que sigue conservando en el

recuerdo. A otros he vuelto siempre, siempre, y he encontrado [5]
en ellos, intacta, completa, exacta y perfecta, la antigua emoción
que me deparó su belleza, su sabiduría, su poético acento, su
concretada amargura.

La atmósfera que me rodeaba no era, pues, propicia a ese signo vital de que he hablado antes y bajo el cual se colocaba mi porvenir como el de un hombre diestro para la abstracción matemática y la ejecución manual de ciertas hermosas labores ligadas a ella. Yo mismo creía en ese signo para mi vida. Pero los primeros años de la enseñanza secundaria, destruyeron, convirtiendo en cenizas, el mito de ese profesional del rigor matemático y de la pericia artesanal que, según oía decir, podría llegar a ser algún día. La geometría, el álgebra, el cálculo, el dibujo, con sus millonarios universos de fórmulas, equivalencias, teoremas, potencias, gradaciones, resultaban para mí un grave y doloroso misterio, imposible de penetrar. Mucho tiempo después y como una derivación de ciertas preocupaciones filosóficas, he venido a entender la significación que esas disciplinas tienen en la historia del hombre y en el desarrollo de la vida, la civilización y la cultura. Pero el análisis, el discernimiento científico de las fórmulas en que se expresa la matemática, constituyeron para mis años de estudiante una infructuosa y cruel experiencia.

Mi imaginación de niño se quedaba navegando en la superficie teórica más extensa, sin lograr adherir a la profunda esencia de esas realidades simbólicas, polivalentes, que iban tomando esquemática forma en los signos y cantidades que el profesor trazaba sobre el pizarrón del salón de estudio. Yo concitaba, en un esfuerzo que me resultaba doloroso, todas las potencias de mi espíritu para que me ayudaran a bien entender el teorema, la fórmula en desarrollo, la operación algebraica en curso. Nada, nada. De la circunferencia, del triángulo, del cuadrilátero, del hexágono, yo deducía otras leyes no referidas a su valor esencial, sino ligadas a su expresión formal, a su presencia como figuras, a

[6] su representación estética. La circunferencia, pensaba, mientras el profesor explicaba la manera de medir el diámetro, es menos bella que el rectángulo. En el rectángulo hay más orden. El hexágono es casi, y de por sí, un juguete... Entretanto había concluido la explicación y yo quedaba nuevamente sumido en las tinieblas espirituales.

El salón de clase era amplio y las ventanas daban a un gran patio. El piso estaba cubierto de ladrillos. Hacía frío en las mañanas. Pero durante las horas de la tarde, el sol empezaba un viaje feliz a través de las ventanas. Primero, a las dos de la tarde, echaba sobre los rincones del techo, extendiéndola después sobre nuestras cabezas, una claridad pajiza como de gavilla de trigo. Poco a poco iba descendiendo, cada vez más confiado en la hospitalidad que le dábamos desde el fondo de nuestros corazones. A las cuatro de la tarde, cuando regresábamos del recreo, alegres, victoriosos o melancólicos, tristes, enfermizos y tediosos, lo hallábamos poseionado triunfalmente de todo el salón. Íntegramente había volcado sobre la tapa de los pupitres, sobre el respaldo de los bancos de madera, sobre el pedagógico luto del tablero, sobre la nieve artificial de la gran almohadilla que servía para borrar las impenetrables fórmulas matemáticas y las diáfanas frases gramaticales, todo el oro tibio de sus rayos.

En el aire, lo mismo que en una proyección cinematográfica, quedaban atravesados por el haz de sus lanzas, esos invisibles corpúsculos de polvo, esas moléculas de la materia que no se muestran a nuestros ojos sino cuando el sol las hace traslúcidas como si fueran de cristal. La ancha y luminosa franja de plata, instalaba allí un mágico espectáculo. Yo alzaba tímidamente las manos para recibir la suave caricia y trataba de deshacer, con un bárbaro gesto, el orden riguroso de ese cosmos de luz. Por unos segundos se producía la catástrofe. En el rayo de sol todo era confusión y caos. Un instante después los millones de células volátiles habían tomado nuevamente su sitio y tornaban a su ritmo normal. Pero el

viaje del sol continuaba implacable. Entre el relevo del profesor [7] de matemáticas y el de religión, la fuerza de la luz se iba debilitando paulatinamente. Con la explicación del símbolo implícito en el Evangelio del día, el sol se iba definitivamente, y comenzaba a invadir el salón un lento y plomizo crepúsculo. Pronto sonarían las cinco y media de la tarde en el reloj y casi inmediatamente respondería con su límpida voz de libertad la gran campana del patio. Con acento grave el profesor empezaba a decir las últimas frases. Faltaban cinco minutos para concluir. «En aquel día cada uno de vosotros llamará a su compañero debajo de la vid y debajo de la higuera...». Yo seguía con secreta angustia el viaje de las manecillas. Dos minutos. Un minuto. Cerraba los ojos y, al abrirlos, me llegaba, distinto, puntual, sonoro, el clamor de la lengua metálica golpeando en su cárcel de bronce. Nos poníamos de pie para rezar la oración vespertina, recogíamos los cuadernos y libros, y, con la gorra entre las manos, salíamos para la calle, urgidos, anhelantes de no sabíamos qué cosas, qué sueños, qué ambiciones. En la casa yo buscaba la ternura materna y una paz que, sin embargo, siempre resultaba imperfecta. Sentía que algo quedaba en falso, quién sabe a qué profundo nivel de las aguas oscuras de la conciencia. De lo que hubiera querido entender, aprender en el colegio, no sabía nada, no había comprendido nada. «El cuadrado construido sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos...». Sí. Esa era la forma. La había oído bien y había procurado que se me quedara grabada en la mente. ¿Pero cómo demostrarla? En cambio, qué fácil relatar el paso de Bolívar por los Andes, o la conquista de las Galias por Julio César. Qué fácil y qué placentero. Qué difícil y complicado lo otro.

Para sosegar la recóndita desazón que me poseía, optaba por trabajar en la materia histórica; la resolución adoptada tenía por sí sola suficiente poder milagroso para devolverme la calma espiritual. Y luego, inclinado sobre el cuaderno de tareas, mien-

[8] tras repasaba mentalmente las hazañas de los héroes de nuestro tiempo, una profunda paz interior, una serena alegría invadían mi espíritu. Trabajaba jubilosamente, como si los olvidos, los vacíos, las mismas deficiencias de información o de concepto que encontraba a cada paso, estimularan esa tarea de reconstrucción intelectual. La gramática, la retórica, la composición literaria, me daban una compensación generosa a la crueldad tácita que para mí representaba el estudio de las matemáticas. Un día cualquiera comprendí que había dos opiniones contrarias sobre mi trabajo escolar. Una era completamente desfavorable al propósito de hacer de mí un servidor ejemplar de la razón matemática, en cualquier grado de su variada escala. La otra me resultaba favorable a los trabajos literarios. Mi profesor de retórica, un religioso joven que «hacía» versos a escondidas de sus superiores y los iba construyendo con una fina y preciosa letra galicada, mientras los alumnos nos dedicábamos a copiar largos trozos de la *Eneida* o de la *Odisea*, me dijo una tarde en que nos habíamos quedado solos para ensayar una recitación que yo debía decir en la sesión pública, final y solemne del año: «Usted es, a Dios gracias, un pésimo alumno de matemáticas. No le queda más campo para ganarse la vida, sino el de la literatura. Aprenda a escribir». Esas palabras no me impresionaron entonces. Después he comprendido lo que ellas significaron en el camino de mi vocación. El testimonio de ese profesor, me pareció, años más tarde, una justificación honorable y lógica de mi mortal deficiencia para determinadas disciplinas y un generoso finiquito de cuentas que se me otorgaba en el albor de la adolescencia para poder, al fin, hallarme en paz conmigo mismo. Desde entonces, estoy aprendiendo a escribir, sin creer jamás que lo haya logrado a cabalidad. Pero en ese aprendizaje continuo, constante, a veces doloroso, a veces alegre, lleno de vacilaciones, de perplejidades, de tanteos, de súbitas y fugaces iluminaciones, de cerradas y oscuras nieblas, de hondos desencantos y de eventuales y efímeras complacencias,

en medio de ese aprendizaje cotidiano, la vocación del escritor [9] halla su propio sino y su propia satisfacción.

Todos los escritores somos seres frustrados, es cierto, porque hay un descase profundo entre lo que deseamos hacer y lo que logramos hacer. Las palabras que conseguimos fijar sobre el papel, son apenas la espuma que queda en el borde de la playa como frágil testimonio de la marea interior. Todos vamos cargados de sueños, de ambiciones, de proyectos, respecto de los cuales la vida y la muerte disponen a su amaño, sin permitir siquiera nuestra débil protesta. Nuestras manos están llenas de invisibles signos y, sin embargo, parecen desnudas, ociosas e inútiles. Un día se inmovilizarán para siempre, pero de su precaria diligencia en la labor que amaron, no quedará sino el esquema incompleto, la fórmula mítica, el rasgo inseguro. El propósito del escritor jamás se cumple satisfactoriamente para él, no importa que la opinión ajena lo declare perfecto. Hay un implacable déficit en la creación estética, que solo el creador de ella misma percibe con exactitud. La armonía de las formas es apenas un circunstancial armisticio entre el arte y la vida, cuya querella no cesa.

(De *Selección de prosas*)